

Cuando concluyó su oración, se levantó, un sacerdote estaba á su lado.

—Qué teneis, caballero?

—Que el cielo se desploma sobre mi cabeza!

—Dadme á vuestro hijo, os ayudaré á llevarle.

El niño por una oculta simpatía se acercó al sacerdote, que lo tomó en sus brazos.

—Señor, no vais á poder, vuestro brazo está tremulo.

—No importa, me sobra vigor.

—Para confiaros mi secreto necesito saber vuestro nombre; perdonad, me hallo proscrito, perseguido, y la madre de este niño, mi esposa, acaba de desaparecer; tened compasion de mí!

—Tormenta horrible sobre el mezquino corazon humano!.....

—Sí, tempestad del destino sobre mi alma atribulada.... Dios y los hombres me han abandonado!

—Y quién sois vos, miserable criatura, para acusar á la Divinidad?----- No sabeis que el hombre ha nacido para el sufrimiento y las vicisitudes?

—Sí, yo acepto los padecimientos; pero mi hijo, mi hijo, señor?

—Dios que envia á nuestra alma el rayo de su castigo, tiene una sonrisa para la inocencia, tened fe y no dudeis.

—Yo necesito buscar á esa mujer.

—Sea, yo le ofrezco un albergue á este niño en mi casa; llevadlo al pueblo de Dolores, llevadlo, allí le tendreis seguro mientras seguís en vuestras pesquisas.

—Gracias, señor, dadme á besar vuestra mano.

El sacerdote tendió su mano á don Félix.

El capitán la besó con respeto y dijo con voz apagada:

—Por quién preguntó en el pueblo de Dolores?

—Preguntad por el cura Miguel Hidalgo y Costilla.

## CAPITULO IX.

### LA CONJURACION.

#### I.

El cura Hidalgo llegó á Querétaro la tarde del 11 de Setiembre y se dirigió á la casa del corregidor.

Don Miguel Dominguez era un magistrado apreciable por sus conocimientos é integridad; habia desempeñado empleos de categoría en el vireinato y tenia marcada propension á favorecer al pueblo.

Era esposo de esa mujer sublime, esa heroína, cuyo nombre aparece en las páginas de nuestra historia: doña María Josefa Ortiz.

El corregidor salió al encuentro de su huésped.

—Señor cura, mucho os dais á desear.

—No es con mi voluntad, señor Dominguez, los asuntos de mi *colonia* me traen tan ocupado que apenas me dejan tiempo para otros negocios.

—Sentaos, señor Hidalgo.

La esposa del corregidor entró en la sala y dió un abrazo al cura de Dolores.

—Siempre tan buena y tan de buen humor la señora corregidora.

—Y siempre tan bromista el señor Hidalgo.

—Os traigo un obsequio; nada vale, pero es obra de mis artistas.

—Veremos.

El cura desenvolvió un papel y entregó un *rebozo* de seda á la corregidora.

—Bien, muy bien, os felicito.

—No es esta pieza como las que vienen del otro lado del mar, pero ----

—Señor cura, el día en que se pueda trabajar libremente en nuestra tierra, nos pondremos al nivel de la industria extranjera.

—Lo creo, señora; porque veo los grandes elementos con que contamos.

—Será obra del tiempo, dijo Dominguez.

—No sería malo acelerar los días, observó doña Josefa.

—Eso es imposible, esposa mía.

—No mucho, apelo al señor cura.

—Yo soy de opinion que todo tiene su hora, y creo que infaliblemente debe llegar.

—Parece que el reloj de los acontecimientos sufre una parálisis en su máquina.

—No lo creais, señora, cuando el mar está mas sosegado la tormenta llega con mas presteza y mas terrible.

—Yo confieso mi impaciencia.

—Josefa, Josefa, dijo el corregidor, tu carácter es de pólvora, necesitas tener mucho imperio en tu ánimo para no cometer una imprudencia.

—Mira, Miguel, que tú no sabes lo que te dices, hay ciertos negocios que deben hacerse inmediatamente, porque de lo con-

trario fracasan, y el que hoy tenemos es de los mas peligrosos: qué decís, señor cura?

—Digo, señora, que la magnitud de la empresa me abruma, temo que el extremo contrario haga venir abajo un plan meditado tanto tiempo ---- no es ese temor ruin y cobarde de perder la vida; ya he vivido demasiado, y el género de muerte no me preocupa, es que veo comprometida la suerte y el porvenir de un pueblo, y esto es demasiado sagrado para aventurarle en un lance.

—El señor Hidalgo tiene sobrada razon, dijo Dominguez; mientras no se cuente con todos los elementos, debe estarse á la expectativa y trabajando incesantemente.

—Yo no sé que hay en la atmósfera, continuó Hidalgo, que se comienza á percibir; si viérais, señor Dominguez, que en todos los pueblos de la comarca se dice, no sé con qué fundamento, que va á haber tumulto?

—La situacion que guarda el país lo augura.

—No obstante, creo que para principios del mes entrante podemos dar el grito de alarma; las guarniciones donde están las personas comprometidas pueden mudarse, y ademas de ser un trabajo perdido, podia suceder que nuestro plan se descubriese.

—Ya lo habia pensado, dijo el corregidor.

—Hay algo que sí me causa verdaderamente temor.

—Hablad, señor cura, dijo la esposa de Dominguez.

—Los jóvenes Allende, Abasolo y Aldama, adolecen de un carácter impetuoso, están ya desesperados con la tardanza, desean hacer partícipes á multitud de personas, con esa imprudencia que da la poca edad, y no es extraño que á la hora ménos pensada se nos denuncie.

—Teneis razon.

—Esta noche debe verificarse la junta á que he sido llamado, veremos lo que se ha avanzado, é insisto en que la revolucion comience el mes entrante.

—Estamos de acuerdo, señor cura, yo procuraré alejar de Querétaro á las personas que puedan inquietaros para que obreis con entera confianza, aunque algo me detiene el pensar que os falta el principal elemento, el dinero.

—Eso es lo ménos, señor corregidor.

—Teneis acaso de donde tomarle.

—Sí.

—De dónde?

—De las cajas de los europeos, de las del gobierno, en fin, de quien le tenga y nada mas.

—Os chanceais seguramente, eso que decís es un atentado á la propiedad.

—Señor corregidor Dominguez, la revolucion es la revolucion, no esperéis nunca que en un gran sacudimiento las cosas permanezcan en su estado normal, eso seria tanto como buscar un círculo cuadrado----- yo he pensado durante mis viglias en los grandes trastornos que va á sufrir la sociedad, y como vos, me he asustado; pero veo que no hay remedio, una gota de sangre vale mas que el oro que encierran las entrañas de nuestra tierra, y sin embargo se va á verter á torrentes!----- encontraremos una gran resistencia en nuestros enemigos, nos responderán con un eco de muerte, y tendremos que afrontar la lucha, lucha terrible que nos envolverá en una tempestad que solo podrá conjurar el aliento de Dios!

El corregidor y su esposa oían asombrados al párroco de Dolores.

—Yo, continuó Hidalgo, nada ambiciono para mí, y llevaré sin embargo la maldicion de mis enemigos y reportaré todo el peso de su encono----- qué importa! me absolverá la historia, á ella apelo!

El corregidor guardó silencio, su espíritu se abatía delante de aquel hombre conformado para la crisis producida por una gran revolucion.

—Es ya la hora, dijo la esposa de Dominguez; id, señor cura,

hablad entre esos hombres con esa elocuencia que resplandece en vuestra actitud noble y generosa; hablad, comunicadles vuestro espíritu y no dudeis en el éxito de la empresa, el pueblo lo espera todo de vos, y yo al escucharos me siento cautivada----- nada valgo----- para nada me necesitais, y no obstante, yo estoy dispuesta á todo----- en estos momentos mi persona no es sospechosa, utilizadme, ya vereis como sé guardar un secreto, seré el punto de comunicacion entre vosotros.

—No necesitaba tanto para conocer que en vuestro pecho se esconde una alma capaz de todo lo grande. El corazon de la mujer encierra un tesoro de abnegacion y de heroísmo, rogad al cielo, señora, que dé su proteccion á la tierra de vuestros padres.

Hidalgo dejó la casa del corregidor Dominguez y se encaminó á la de uno de los conjurados, donde debia celebrarse la última sesion.

## II.

La casa del licenciado Parra era el punto de reunion para tratar de la independencia.

La noche del 1º de Setiembre se hallaban en ella los abogados Lazo y Altamirano, los capitanes Allende, Aldama y Absolo; don Joaquin Arias capitan del regimiento de Celaya que se hallaba de guarnicion en Querétaro; Lanzagorta, oficial de Sierra-Gorda; los hermanos Epigmenio y Emeterio Gonzalez, y otros individuos de poca importancia.

Don Mariano Galvan era el secretario de la junta.

El capitan Miguel Allende, era de una fisonomía hermosa é interesante, un gran talento natural, y un valor á toda prueba; se habia distinguido en el manejo de las armas y pericia militar, habia estado en un regimiento que era el de milicias de la